

se inclinaba al lado de Colón, aunque de un modo pasivo.

Esta circunstancia hubiera contrariado los planes de los Porras si las privaciones y el hambre no hubieran apurado el sufrimiento de todos.

Capítulo LVIII.

Un festín en víspera de un motín.

El día de Año Nuevo lo pasaron los conjurados en medio de la más desenfrenada alegría.

Dispuestos como estaban á jugar el todo por el todo, procuraron reunir mayor cantidad de víveres, y quisieron celebrar con un festín la entrada del nuevo año.

—¿Qué puede suceder?—dijo Francisco Martín Porras.—¿Que el almirante se incomode, que nos prohíba entregarnos á la orgía?... ¡Ojalá! De este modo, con no obedecerle le exasperamos, toma alguna medida violenta, nos rebelamos, y con un pretexto que justifique nuestra desobediencia, no habrá quien nos contenga.

Animados todos del mismo pensamiento, dispusieron lo necesario para el banquete.

El día anterior habia regresado Bartolomé con sus tropas.

Su expedicion le habia puesto en relaciones con algunos caciques, los que le habian provisto de víveres y le habian ofrecido llevar á los buques de quince en quince soles nuevas provisiones.

Los dos hermanos Porras, que capitaneaban la insurreccion, se pusieron de acuerdo con el mayordomo.

—Tú vas á prender fuego á la mina,—le dijo Francisco.

—¿De qué modo?

—Manifestando al almirante nuestra resolucion.

—¿La de cenar del mejor modo posible?

—Eso es.

—Decidme qué debo hacer.

—Presentarte á Colon y manifestarle que estamos hartos de la abstinencia á que nos tiene condenados; que si pasamos mal la Noche-Buena, porque era humanamente imposible adquirir provisiones, ahora que las hay frescas y abundantes, queremos salir de la exígua racion diaria para echar una cana al aire esta noche. El se opondrá, tú nos comunicarás su resolucion, y nosotros tendremos motivos de sobra para desesperarnos.

—Y unos hombres desesperados...

—Son capaces de cualquiera cosa.

—Comprendo.

—En ese caso, no hay tiempo que perder.

—Es que ahora están en el camarote del almirante su hijo y su hermano.

—Razon de más para abordar la cuestion: ellos le excitarán á que se oponga á nuestros deseos, el adelantado es impetuoso, nos insultará, y sus insultos serán miel sobre hojuelas.

—Hágase vuestra voluntad.

—Vé pronto, y vuelve á darnos parte de tu embajada.

El mayordomo se dirigió en el acto al camarote del almirante.

En buenas palabras expuso las de sus camaradas.

—Nada más justo,—dijo Colon:—por mi parte, accedo gustoso á sus propósitos; dueños son hoy de tomar los víveres que necesiten. Celebren norabuena el nuevo año, y quiera Dios que su alegría signifique nuestra próxima libertad, nuestra partida hácia la madre patria.

Esta respuesta desconcertó al mayordomo.

No produjo mejor efecto en los conjurados.

—¿Qué cambio es este?—dijo Diego Porras.

—Si habrá sabido algo de lo que proyectamos,—añadió Francisco.

—Su amabilidad quiere decir mucho.

—Tal vez que tiene miedo.

—Miedo no; pero sabe más que Merlin, y empleará esa táctica para desarmarnos.

—Pues se lleva un solemne chasco. Mejor combatiríamos contra el leon que contra el cordero; pero no ha de valerle su mansedumbre.

—Apoderémonos de los víveres.

—¡A cenar! ¡A cenar!

Todos se lanzaron como fieras al sitio en donde se guardaban las provisiones, y saltaron en tierra para celebrar el festin en la playa.

Colon los vió partir con gozo.

—¡Infelices!—dijo.—Justo es que olviden un instante su penas.

—¡Puede ser que hagan más que olvidarlas!—exclamó el adelantado.

—Piensas mal de ellos.

—Méno temeria á los indios nuestros enemigos que á esa chusma.

—Depon todo temor... Esa alegría significa que ha renacido en su pecho la esperanza.

—Un horrible presentimiento me hace pensar de distinta manera.

—Yo confio en mi causa, y espero de un momento á otro la llegada de Fiesco. Poco me importa volver á España como un mísero enfermo ó como un prisionero: lo que deseo es volver, que la justicia triunfa siempre.

Mientras los conjurados devoraban los manjares y prorumpian en imprecaciones, impulsados por la gula, aquellos tres séres, unidos por el lazo de la sangre, consagraron dulcísimos recuerdos á los que estaban ausentes; es decir, á Diego, á Isabel, á Villejo, á Ana y al noble hermano del gran marino.

Creíanlos dichosos, y sin embargo, en aquellos momentos no sufrían méno que ellos.

Una hermosa luna iluminaba la playa, y reflejaba sus argentados rayos sobre las apacibles olas.

El rumor del festin llegaba confuso al camarote del almirante.

Colon se durmió orando.

Bartolomé llamó á Fernando.

—Es necesario, —le dijo,—que nosotros velemos y estemos preparados para todo lo que pueda ocurrir.

—¿Temeis?

—Todo lo temo de esa canalla.

—En ese caso, me quedaré velando al lado de mi adre.

—No, eso podria hacerles creer que habíamos adivinado sus planes: vé á tu camarote, y está alerta... Yo haré otro tanto.

Se retiraron, y reinó el mayor silencio en el buque.

El rumor de las olas al morir en la playa acompañaba los gritos y los cánticos de aquellos hombres, que no pudiendo embriagarse con vino, se embriagaban con la idea de vengarse, en Colon y los suyos, de los padecimientos que habian sufrido desde que estaban en aquella costa.

En la madrugada del día 2 de Enero, los hermanos Porras, poseidos de febril ansiedad.

—Hoy es preciso resolver el problema,—dijeron.—O nos lanzamos á navegar en los buques, despues de componerlos, con el consentimiento del almirante, ó sin él. ¿Estais dispuestos á secundarme?

—Sí, sí,—gritaron muchos.

—A nadie se obliga aquí... El que quiera seguirme, que pase á mi derecha... Los que no, que se queden donde están.

Todos, excepto cinco, pasaron á la derecha de Porras.

Entre los cinco estaba el sargento Dominguez.

—Nosotros,—dijo,—no queremos insurreccionarnos; pero acataremos el fallo de la suerte.

—En hora buena. Vosotros subid á bordo y aguardad una señal mia. Yo entraré á ver al almirante; le hablaré y os dirigiré una pregunta en alta voz. Acudid entonces, y demostrad que estais dispuestos á obedecerme.

De acuerdo todos obedecieron las órdenes de Francisco Porras, que se habia puesto al frente de los conjurados.

El sargento y sus cinco camaradas fueron tambien á bordo, dispuestos á consentirlo todo ménos que los amotinados atentasen contra la vida de Cristóbal Colon.

Cuando todos habian ido á ocupar sus respectivos puestos, el almirante, su hermano y su hijo dormian.

Sólo Dios sabia dónde podian despertar.

Asistamos ahora á la explosion de aquel motin, tan infamemente combinado por la ingratitud y la perversidad.

Capítulo LIX.

El motin de Porras.

Colon se despertó molestando por la gota.

Empezaba á amanecer, y aunque oyó movimiento en el buque, no quiso llamar á nadie.

Su enfermedad le hacia padecer más que los contratiempos de que era víctima.

Cuando se veia bajo la influencia de los agudos dolores que experimentaba, perdía la esperanza, el desaliento se apoderaba de su corazon; volvía los ojos al pasado, no veía en el porvenir más que una muerte oscura y desastrosa, y su angustia era horrible.

En esta situacion se hallaba cuando, sin pedir vénia y bruscamente, entró en su camarote Francisco Porras.

Colon fijó en él sus ojos, y no pudo ménos de sorprenderse al ver la actitud que tenia.